



El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí mismo (Mt 18,5)

Comentario bíblico en torno al lema de la 112 JMMR.

Lorenzo de Santos Martín

Profesor del Instituto Superior de Pastoral (UPSA)

El texto evangélico escogido para esta jornada forma parte del denominado «discurso eclesial» en el Evangelio de san Mateo. Tras haber presentado los tres discursos previos —el programático de la montaña (caps. 5-7), el misionero (cap. 10) y el parabólico (cap. 13)—, el evangelista aborda aquí las tensiones internas de la comunidad cristiana primitiva. Su propósito es definir cómo deben afrontarse tales desafíos para responder con fidelidad al seguimiento de Jesús.

En este horizonte, la elección de este versículo por parte del papa León XIV debe comprenderse como un llamamiento directo a la Iglesia de hoy, actualizando las palabras de Jesús para que iluminen la realidad de los menores y personas vulnerables en el contexto de las migraciones globales. Esta interpelación plantea tres interrogantes esenciales: ¿por qué los pequeños?, ¿por qué estas palabras de Jesús?, ¿por qué recibir a un pequeño?



1. ¿Por qué los pequeños?

Es preciso advertir, en primer lugar, el carácter contextual de la traducción española de este versículo. A diferencia de las versiones en inglés (*child*) o en italiano (*bambino*), que enfatizan la condición de la niñez, el texto en español opta por el término «pequeños». Esta variación terminológica exige una profundización exegética para captar toda la vigencia del mandato evangélico.

El texto original griego utiliza la palabra *paidión*. Su traducción en nuestro idioma como «pequeño» responde a una lectura que rescata el trasfondo sociocultural de la época. La visión contemporánea heredada de la Ilustración, que idealiza la infancia como una etapa de dulzura e inocencia, dista por completo del mundo grecorromano y judío. En la antigüedad clásica, la niñez se asociaba con la ignorancia y la estricta necesidad de instrucción. Por su parte, en el ámbito judío, aunque los hijos se consideraban una bendición divina, socialmente engrosaban la categoría de los desvalidos y marginados.

El niño simbolizaba la impotencia y la insignificancia; eran seres débiles que carecían de valor en el presente y cuya supervivencia dependía enteramente del cuidado familiar. Si a esto añadimos que en la literatura helenística *paidion* designaba también al siervo o al esclavo, resulta natural que se prefiera la traducción «pequeño», puesto que subraya esta condición de vulnerabilidad social y evita equívocos con el concepto idílico actual.

Por tanto, la figura del niño encarna la marginalidad, la exclusión de los roles sociales y el alejamiento de las estructuras de poder. No se trata, bajo ningún concepto, de una apología de la inmadurez espiritual. Al contrario, Jesús apela a una humildad que trastoque el pensamiento helenista —donde el humilde era despreciado— para entroncar con la tradición bíblica, donde significa reconocer el propio desvalimiento y poner toda la confianza en Dios.

Esta opción traductora se consolida en el versículo siguiente (Mt 18,6), donde se emplea el término *mikrós* («pequeño»). No estamos ante un giro arbitrario, sino ante una constante en el relato de Mateo. Ya en Mt 10,40-42 se vinculaba el verbo «recibir» con los «pequeños», identificándolos con las personas menospreciadas y carentes de reconocimiento social. Hasta este punto del Evangelio, los pequeños no poseen una descripción detallada; se definen simplemente por su necesidad y vulnerabilidad. De este modo, los cristianos de cualquier época histórica estamos llamados a descubrir quiénes encarnan hoy esa misma condición en nuestros entornos, preguntándonos: ¿quiénes integran hoy este grupo?, ¿qué amenazas enfrentan?, y ¿cómo llegaron a tal precariedad?

2. ¿Por qué estas palabras de Jesús?

Este *logion* de Jesús responde directamente a la inquietud de sus discípulos: «¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?» (Mt 18,1). La respuesta del Maestro se despliega en dos momentos: un gesto profético —colocar a un niño en el centro del grupo— y una enseñanza reforzada por la fórmula solemne «en verdad os digo». Con ello, exhorta a la comunidad a una doble acción: hacerse como niños —abandonándose a Dios con una fe confiada— y acoger a los más débiles.

Tanto el gesto como las palabras de Jesús rompen por completo la mentalidad de sus seguidores. El contraste entre el término «grande» (*mégas*) introducido por los discípulos y la imagen de los «pequeños» (*mikrós*) utilizada por Jesús evidencia una ruptura radical con los criterios de éxito y estatus vigentes, tanto en la sociedad civil y religiosa de su tiempo como en la nuestra.

Jesús introduce una escala de valores invertida donde los últimos se convierten en la prioridad de Dios. La verdadera grandeza no se mide por la influencia o el poder económico o social, sino por el abajamiento. El propio Jesús es el primero en encarnar este camino, haciéndose el menor y el servidor de todos. Al situar al pequeño en el



centro de la escena, señala que los marginados no son miembros secundarios, sino el corazón mismo de la Iglesia. El cuidado de los pequeños concreta de manera histórica el reino de Dios, la gran tarea en la que los discípulos deben empeñar su vida.

«La acogida de los pequeños es un imperativo cristológico que identifica a Jesús con los marginados, menores y refugiados de hoy».

3. ¿Por qué recibir a un pequeño?

Para entrar en el reino de los cielos no basta con experimentar el abajamiento personal; es indispensable «acoger a los pequeños», pues quien los recibe, recibe al mismo Jesús. Este abajamiento se traduce necesariamente en amor operante y solidaridad organizada hacia los desvalidos. Lo contrario a esta hospitalidad es el escándalo: poner obstáculos a la fe y a la vida de los hermanos, como advertirá el texto en los versículos posteriores.

El motivo profundo de esta acogida trasciende la mera beneficencia, la empatía humana o el voluntarismo buenista. Aunque la solidaridad es indispensable, el verdadero fundamento de la acogida es cristológico: la identificación radical que Jesús establece con ellos.

Esta identidad se hace explícita más adelante en la parábola del Juicio Final, donde Jesús, identificado con el rey soberano, llama «hermanos» a los necesitados: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40); y «En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo» (Mt 25,45).

La reiteración constante de las acciones realizadas u omitidas con los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos y enfermos pone de manifiesto la importancia de este vínculo. Se trata de una identificación fraterna que irrumpe con fuerza en nuestro presente histórico. El tiempo escatológico ha comenzado ya con la Encarnación y solo se completará al final de los tiempos; por lo tanto, esta fraternidad tiene implicaciones históricas e institucionales inmediatas. Servir a los pequeños es servir a Jesús.

Conclusión

La profundización en el texto de Mateo 18,5 para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado subraya que la acogida de los pequeños es un imperativo cristológico que identifica a Jesús con los marginados, menores y refugiados de hoy. Lejos de una simple benevolencia, esta postura exige subvertir los valores de grandeza mundanos para colocar a los vulnerables en el centro de la comunidad eclesial. La verdadera fe se verifica al reconocer en el migrante desvalido la presencia misma de Jesús, actualizando así el mandato de recibir a los más pequeños.

Ante esta realidad, la comunidad cristiana está llamada a un examen de conciencia profundo: ¿nuestras actitudes hacia ellos favorecen o dificultan la manifestación de Dios en sus vidas y en la historia? ¿Debe la respuesta eclesial regirse únicamente por la estricta legalidad civil o requiere, más bien, una mirada profética y evangélica? En definitiva, este texto interpela las estructuras y conductas de la Iglesia, urgiéndola a transformarse para ser un verdadero espacio de acogida, protección y dignidad para los más desfavorecidos.

